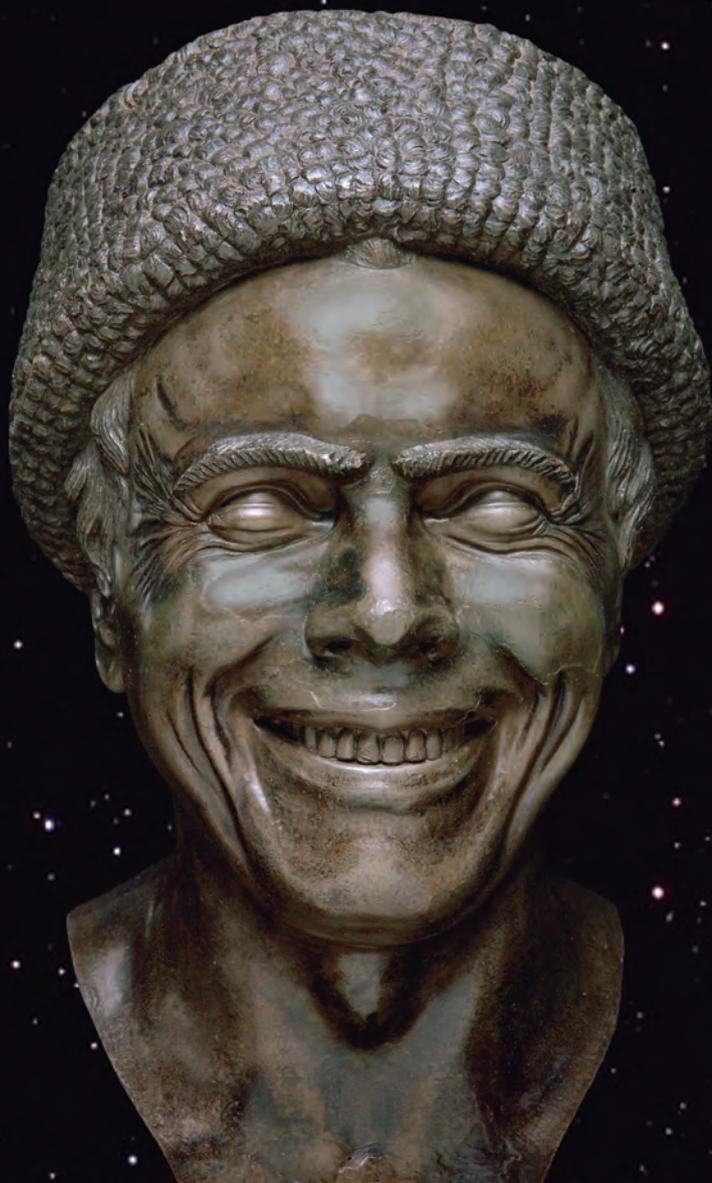


LEONARDO DA JANDRA
FILOSOFÍA PARA
DESENCANTADOS



ATALANTA







MEMORIA MUNDI

ATALANTA

85



LEONARDO DA JANDRA

FILOSOFÍA PARA
DESENCANTADOS

PRÓLOGO

GUILLERMO FADANELLI



ATALANTA

2014

En cubierta: *El artista que se imaginó riendo*,
de Franz Xaver Messerschmidt, 1777-1781.
En guardas: imagen ultravioleta de CW Leo, estrella
fugitiva agrupando materia interestelar. © NASA.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o
transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.

Todos los derechos reservados.

© Leonardo da Jandra, 2014
© Del prólogo: Guillermo Fadanelli
© EDICIONES ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-942276-1-5
Depósito Legal: GI-750-2014

ÍNDICE

Meditaciones vitales sobre Leonardo da Jandra

II

Filosofía para desencantados

Cuestiones de método

23

I - Egocentrismo

47

II - Sociocentrismo

69

III - Cosmocentrismo

105

Bibliografía mínima

127

Índice analítico y onomástico

133

Adivino lo que te pasa: tú fuiste el encantador
de todos, pero contra ti ya no te queda ninguna
mentira ni ardid. Tú mismo te has desencantado.

F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*

Meditaciones vitales sobre Leonardo da Jandra

El mundo es el suelo común, no
hollado por nadie y reconocido por todos,
que une a todos los que hablan entre sí.

H.-G. Gadamer

Es común acusar a la filosofía de no avanzar en una dirección determinada y de ser poco clara en sus logros o conclusiones. En pocas palabras: se le reprocha no ser una ciencia que haga evidente su progreso. Los intentos de convertir la filosofía en un sistema dotado de fundamentos y propósitos bien definidos han sido constantes, y célebres, pero no definitivos. Kant, Schopenhauer, Marx o Husserl se dieron a la tarea de crear los principios sobre los cuales se podría pensar ordenadamente y edificar un sistema capaz de dar certidumbre al conocimiento filosófico. Las consecuencias de tan desmesurados empeños fueron dispares, pero nadie dudaría de que la obra de estos filósofos fue provechosa e iluminadora en el extenso campo que abarca la reflexión humana. Tal parece que, de alguna manera, todos tenían razón. Durante el verano de 1820, en Berlín, un hombre de ceño opaco y mirada desconfiada hacía publicidad y anunciaba sus lecciones universitarias de la siguiente manera: «Arthur Schopen-

hauer disertará sobre la totalidad de la filosofía, es decir, sobre la doctrina de la esencia del mundo y del espíritu humano». En nuestra época, el anuncio de un propósito tan ambicioso e ingenuo nos despertaría una sonrisa; sin embargo, quien ha leído *El mundo como voluntad y representación* no podrá negar la seriedad con la que Schopenhauer enfrentó sus objetivos filosóficos. La calidad literaria de su obra es suficiente para no menospreciar la exposición o las conclusiones de su doctrina.

En la introducción a sus *Meditaciones cartesianas*, Edmund Husserl mostró su desconcierto ante la diversidad de filosofías existentes, y acentuó la necesidad de encontrar un fundamento e hilo conductor que evitaría la contradicción y las conclusiones superficiales. Agobiado por la pluralidad de interpretaciones filosóficas, Husserl llegó a escribir: «Los filósofos se reúnen, pero por desgracia no las filosofías». Su propuesta ante la diversidad e inconsistencia de la actividad filosófica se conoce con el nombre de fenomenología, y su método y sus ideas influyeron en filósofos tan distintos entre sí como Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre. Me valgo de estos mínimos apuntes para sugerir que ninguna filosofía carece de fisuras y que no existe pensador u hombre de ideas que no se encuentre a mitad del camino, en un continuo hacer el mundo, en un sinuoso tránsito que incluye la experiencia singular del caminante y las arenas movedizas de un lenguaje que continúa siendo mundo, metáfora y horizonte abierto, pese a las llamadas al orden y a los embates que ha recibido por parte del análisis lingüístico y del positivismo en general. Leonardo da Jandra sabe bien que los filósofos avanzan a contracorriente y que nadie puede abarcar, desde la ventana de su pensamiento, la complejidad de un mundo que no permite reducciones a la hora de ser recreado o repre-

sentado. El hombre es un ser inclinado a crear teorías, mas esas teorías oscurecen o iluminan sólo algún aspecto de lo que llamamos realidad. La suma de todas nuestras teorías nos entrega un fantasma de contornos ambiguos que aparece y desaparece según la intensidad de la mirada humana. Y, no obstante, como en el caso de Leonardo da Jandra, quienes escriben o publican sus reflexiones lo hacen porque creen en sus palabras y las exponen con el propósito de continuar la conversación, e intentar que las palabras sean consideradas bienes morales y no sólo voces inanes o intrascendentes.

Leonardo da Jandra es un escritor y también un filósofo. En ambos casos, la experiencia de su vida se halla presente, y su imaginación y extensa cultura nutren de forma y contenido sus conceptos y sentencias. Su exilio durante más de un cuarto de siglo en la selva oaxaqueña en compañía de su mujer fue la afirmación de una utopía: pescar, cazar, pensar y sobrevivir. No abandonó sus lecturas ni la conversación, pero aprendió a ser precavido ante la retórica académica cimentada en una tradición que abandona las vicisitudes del presente con el fin de situarse en un plano sin tiempo. La emoción intelectual nunca ha bastado para satisfacer su temperamento: sus palabras tienen cuerpo y su comportamiento bélico nos dibuja a un guerrero que no da un paso atrás cuando ve amenazada e interrumpida su libertad. Él continuará dando la pelea y no cederá a las tentaciones de la decepción contemporánea: «Lo último que nos queda cuando ya no creemos en nada es el falso consuelo de la razón desilusionada, de la fría y desolada intemperie del escepticismo». La filosofía no es, para da Jandra, un mero ejercicio dubitativo, ni un pasatiempo del lenguaje: es una manera de vivir y también un estar en contra de cualquier postura que considere la

lógica como la única forma de obtener certezas y conocimiento verificable.

Da Jandra se enfrenta a los pesimistas y a los cínicos porque los conoce bien. Y también se distancia un tanto del relativismo pragmatista, pues cree que es posible construir todavía una filosofía capaz de unir pensamientos opuestos en aras de un fin determinado. ¿Qué tipo de doctrina sería ésa? Una filosofía que mediante la conversación, la crítica y el fortalecimiento de valores morales fuera capaz de aumentar el conocimiento de uno mismo y el bienestar humano. El vitalismo o el concepto de vivencia como un medio adecuado para el conocimiento de la realidad ha sido tratado por varios filósofos, entre ellos Nietzsche, Dilthey, Bergson, Max Scheler y Hans-Georg Gadamer. Las teorías o explicaciones parecen definitivas cuando la vida se ha marchado o acaba de pasar, y ningún concepto tiene peso o gravedad si no va acompañado de una oportunidad que nos permita vivir y sentir el mundo. En este aspecto, Da Jandra no da marcha atrás y, no obstante su devoción por el método y la severidad con que se impone a sí mismo una educación filosófica, no abandona la idea de que el conocimiento es experiencia vital y de que una teoría es bella sólo mientras puede vivirse en todos los sentidos, y no nada más en el espacio de la pura intelectualidad.

Quiero llamar la atención no sólo sobre la vitalidad en el quehacer creativo de Leonardo da Jandra, sino principalmente en el estilo y en la forma en que transmite su saber y las conclusiones de este saber. Detesta los eufemismos y su paciencia se agota a las primeras de cambio. Estamos frente a un escritor enérgico en sus juicios y que dista mucho de hacer concesiones a tendencias de opinión que considera irrelevantes y nocivas para el buen discurrir

de la reflexión filosófica. Si el lector es culpable de cualquier cosa, entonces seguramente se sentirá regañado. La aparente hostilidad que se revela o asoma en algunas de sus expresiones no es consecuencia de un espíritu amargo o conflictivo *per se*, sino que es provocación en pos de la sabiduría, confrontación que busca complicidad, no enemistades, estímulo para la disensión y para el conocimiento del extraño o del otro: ya hemos dicho que la vitalidad corre a la par de sus escritos y disertaciones. En México, Leonardo da Jandra no ha tenido los interlocutores que merece y su ánimo guerrero ha causado reticencia hacia su persona, y también reserva debido a los constantes cuestionamientos y duras críticas que hace al estado actual de su sociedad (los políticos se llevan por lo general los anatemas y golpes más certeros). Pareciera que en México estamos acostumbrados a callar y a juzgar desde el anonimato, o cobijados por la sombra de poderes e instituciones: nos atemoriza la palabra si no va acompañada de buenas maneras, y ponderamos más la amabilidad que la sabiduría. Nada tan opuesto y extraño al temperamento de Da Jandra, para quien las ideas y la crítica se hallan por encima de cualquier prejuicio cortesano. Yo he sido su amigo durante muchos años y con él he aprendido que la conversación no se da entre argumentos o entidades ficticias, y sí entre personas que han tenido vida, equivocaciones y carácter.

Filosofía para desencantados es una conclusión y una parada en el pensamiento y la literatura de este escritor excepcional. Es posible que el nutrido número de referencias que hace de otros pensadores, así como sus aserciones o sentencias, puedan parecer desmedidas o que impongan a la lectura un ritmo agotador e inclemente; sin embargo, es precisamente esta generosa densidad de citas y senten-

cias la que, aunada a su vocación didáctica y bélica, nos entrega a un escritor y filósofo original en más de un sentido. Las citas son una especie de nudo, de cruce de caminos, de punto de encuentro, señales que se dan durante el trasiego de la conversación. Están allí no como un símbolo de autoridad o de soberbia intelectual. Son más bien la prueba de que el escritor no desea ocultarse y descubre todo lo que es y sabe ante la mirada y la curiosidad del otro. En estas páginas nadie encontrará explicaciones o estudios acerca de la filosofía de Noam Chomsky o de Richard Rorty, pero estaremos ante la asimilación, refutación o reivindicación de sus obras o ideas por parte de un lector para quien nada pasa inadvertido. El ritmo intrépido y polivalente que Da Jandra impone a su escritura es, vuelvo a decirlo, elocuencia vital y ansiedad de conocimiento, lo cual no debería amedrentar a ninguna curiosidad genuina. Acostumbrados como estamos a los manuales «éticos» y a la comunicación banal y sin sentido de una «época antifilosófica y cobarde», como la ha llamado Victoria Camps, reaccionamos mal a cualquier literatura que nos confronte y que ponga en duda nuestra comodidad.

Desde el principio del libro, Leonardo da Jandra hace evidente la necesidad que se tiene de un método a la hora de discernir acerca de cualquier aspecto del mundo. Pese a ello, se niega a considerar que el método se agote en la inferencia o en la lógica lingüística y nos propone, más bien, un horizonte en común hacia donde hacer tender la conversación. Si el filósofo narrativo privilegia la metáfora y el devenir literario, mientras que el filósofo analítico se inclina por un orden sostenido en una teoría de los signos o del lenguaje, Leonardo insiste en complementar ambas visiones o tendencias con el propósito de debilitar cualquier filosofía o ética dogmática: «La teoría de los complemen-

tarios que aquí se esboza no busca la imposición de un nuevo dogma o de una nueva panacea metodológica, sino la posibilidad de una concordancia respetuosa y justa». No sería aventurado añadir que este libro es un paso más hacia el crecimiento de una filosofía que, asentada en la literatura, se torna mundana con el fin de proponer caminos o salidas en la búsqueda de horizontes de buena convivencia: notas para la comprensión de problemas tales como el deterioro de los ecosistemas, la ausencia de ciudadanos reflexivos o el dominio del sector financiero en la vida pública, que impiden la equidad económica y quebrantan el medio civil. Viene a cuento, a propósito de este libro, la definición que ensaya Richard Rorty cuando escribe que la sabiduría es «la virtud de escuchar a los demás con la esperanza de que puedan tener ideas mejores que las propias». El escuchar es una virtud que se ejerce con el fin de preservar la libertad. Es en el reconocimiento de la opinión opuesta donde se encuentran los límites necesarios para contener los dogmatismos ególatras y las tiranías racionales. Por ello, Leonardo da Jandra reclama una visión más amplia del mundo y de la ética, cree en la construcción de valores en contra de un relativismo que propone la ambigüedad moral como punto de partida para el acuerdo, y hace una crítica de todas aquellas tendencias de pensamiento que constriñen al individuo a ser un mero obrero de su sociedad. Las divergencias que tiene con Rorty son, en realidad, superficiales, puesto que, en última instancia ambos pensamientos tienen un punto de encuentro: la conversación y el empeño por la resolución (que no la disolución) de problemas.

En el capítulo dedicado al lenguaje de su libro *Verdad y método*, Hans-Georg Gadamer dice que el lenguaje no está en el mundo, sino que es el mundo el que se repre-

senta en el lenguaje. «El lenguaje sólo tiene su verdadero ser en la conversación, en el ejercicio del mutuo entendimiento.» La literatura es un medio adecuado para reflexionar y discernir sobre los asuntos que por tradición han sido propios de la filosofía. El lenguaje no es un orden, sino un universo, y para entrar en él se requiere fuerza, malicia, vitalidad y en resumidas cuentas capacidad artística. *Filosofía para desencantados* es libro y lenguaje, reflexión y toma de postura, conversación y recreación de un mundo que es todo aquello que podemos vivir, pensar, sentir, desear e imaginar. Da Jandra, a partir de su filosofía vitalista, escrutadora y moral, reclama una comprensión del mundo que reconcilie al hombre consigo mismo, es decir, con el otro, rechaza las visiones simplistas y utilitarias que dictan enunciados morales desde el hecho científico, abomina de los mercaderes de la globalización, pelea contra los filósofos relativistas que rechazan la existencia de un orden moral y espiritual capaz de contenerlos, y discute con el desencantado que se aísla socialmente y hace de su exilio una victoria. Pugna, Leonardo, por una relación edificante entre la teología y la ciencia para que así la filosofía logre mostrarnos que existe un orden mayor que a él le gusta llamar espiritualidad. Podemos estar de acuerdo o no con sus conclusiones, e incluso cuestionar las interpretaciones que hace de algunos filósofos; sin embargo, es su culta interpretación y su apuesta moral las que dan verdadera sustancia al libro: hay que creer en lo que se dice y resolver los problemas humanos en vez de disolverlos. Yo, como lector, acompaño a Leonardo en todos los pasajes de su libro, asiento a sus ideas y a su postura aunque a veces me cueste admitir algunas de sus tentadoras conclusiones. Sin embargo, el lector podrá, si cuenta con la paciencia, maña y humildad suficientes,

encontrar los hilos necesarios para continuar la conversación que este hombre de letras, filósofo y persona extraordinaria ha puesto sobre la mesa.

Guillermo Fadanelli
Ciudad de México
Marzo 2014





«Uno de los más sorprendentes escritores que yo he encontrado en el magnífico panorama de las letras mexicanas.»

Enrique Vila-Matas

Este ensayo filosófico sobre ética no es un mero manual de urbanidad al uso. Desde el principio, muestra a un guerrero que lucha por su libertad de pensamiento sin ceder ni un ápice ante las tentaciones egocéntricas de la decepción contemporánea. Como dice Guillermo Fadanelli en su prólogo, «Da Jandra, a partir de su filosofía vitalista, escrutadora y moral, reclama una comprensión del mundo que reconcilie al hombre consigo mismo, es decir, con el otro, rechaza las visiones simplistas y utilitarias que dictan enunciados morales desde el hecho científico, abomina de los mercaderes de la globalización, pelea contra los filósofos relativistas que rechazan la existencia de un orden moral y espiritual capaz de contenerlos, y discute con el desencantado que se aísla socialmente y hace de su exilio una victoria».

Leonardo da Jandra nació en Chiapas, México, en 1951. Poco antes de cumplir un año, sus padres lo llevaron a Arousa, en Galicia. Cursó estudios universitarios en Madrid y posteriormente se trasladó a Ciudad de México, donde asistió a un curso de doctorado en filosofía de la matemática en la UNAM con la polémica tesis titulada *Totalidad, Seudototalidad y Parte*. Cuestionador profundo de los modelos unidireccionales de la cultura moderna, se instaló a vivir con su compañera, la pintora Agar García, en Huatulco, un paraje paradisíaco de la costa oaxaqueña. Allí vivieron robinsonianamente de la caza y de la pesca durante casi treinta años, hasta que fueron desalojados por el director del Fondo Nacional para el Turismo (FONATUR) por oponerse a la privatización del Parque Nacional Huatulco, que ellos mismos contribuyeron a declarar.

La obra de Da Jandra, sea ensayo filosófico, novela o relato, siempre expresa con fuerza intempestiva y única un pensamiento vivo en busca de una verdad individual capaz de trascender el tiempo y abrirse a una realidad más amplia. Su novela *Samahua* ganó en 1997 el Premio Nacional de Literatura IMPAC.

